

por el oro, adornada de sesenta y dos estatuas del mismo metal, cada una de las cuales tiene en su mano un candelabro para colocar las velas.

Esta balaustrada ó eruja y la portada principal del coro, la refectoria, fueron fabricadas en Macau, ciudad de China, siendo el peso de todas las piezas que la componen, 534 quintales.

Pero desistamos de continuar describiendo las muchísimas cosas que aun cuenta este magnífico templo, y fijemos la atención en la abundancia de oro, plata y ricas alhajas que ostenta en uno de esos días de función clásica, en que es preciso adornar la iglesia con aquella grandeza y lujo que corresponden al digno objeto de la fiesta.

Fijemos la vista en ese altar mayor, de cuyo centro se desliza majestuosamente el estelito rípris, sostenido por ocho nobres columnas de brillante estuco, en cuyos dos primeros cuerpos están las excelentes esculturas del linaje natural que representan á los apóstoles, evangelistas y principales santos, y sobre el tercer cuerpo de ángeles, encima de los cuales se descubre á la Madre del Salvador del mundo. Si, fijemos la vista por un momento, y lo veremos herido por millares de luces que brillan como las estrellas sobre las doradas nubes de un apacible lago. Allí veréis en las lunetas clásicas que se celebran con una pompa sin igual, esos seis riquísimos blasones de oro y esa cruz guardada de piedras preciosas, con su frontal y penca de la quina, y otra elegantísima de filigrama. Allí descubriréis esos seis ramilletes, cuatro capeleros, dos naves, dos arbores, dos perlas y dos palmeras colosales de oro, donde compete el arte con la riqueza: en otra parte veréis veinte candeleros de oro, seis vinajeros con sus platillos del mismo esquisito metal: un capón con 1,076 diamantes y 13 marcos de oro: un cáliz con 122 diamantes, 132 rubíes, 143 esmeraldas y 10 1/2 marcos de oro: dos incensarios de este metal: la imagen de la Concepción que es de plata, y pesa 38 marcos: la custodia principal que tiene mas de vara de alto, con 5,872 diamantes en su frente, 2,453 esmeraldas, 406 incensarios, 31 rubíes, y 8 zafiros en su reverso, siendo su peso de 88 marcos de oro: once arañas de plata con 24 alhobardas cada una: si seguís examinando su riqueza, encontrareis candeleros, vinajeros, blasones, dos juegos de hacheros, candeleros de cuatro piezas cada uno: cuatro salmueros de dos varas de alto: tres estatuas: un sagrario, é infinitad de ramilletes de oro y plata, que dejan desahogada la vista del observador. Al lado de toda esta riqueza aunque hoy cuenta la gran catedral de Méjico, se descubre también la admirable imagen de la Concepción, toda de oro, que pesaba 6,981 castellanos, rodeada de ricas pedrerías, y que se fundió, no sabemos por qué causa.

La custodia principal, y muchas de las alhajas que posee la catedral, así como los paramentos eclesiásticos, son regalos que hizo el emperador Carlos V.

Una de las principales necesidades de que se han visto obligados á desahogarse los canónigos, por carecer de fondos para componer los estragos que causó en la catedral el terrible terremoto de 1837, conocido por el de Santa Cecilia, fue una riquísima lámpara de que he oído hacer mil elogios en Méjico, y que costó 74,313 duros, ó reales. Su altura era de 8 1/2 varas: su diámetro de 1 1/2, y su circunferencia de 10 1/2 varas. Constaba de cincuenta y cuatro candeleros, y pesaba de una candela y medio de hierro que pesaban 1,630 libras.

A un lado de la fachada principal de este santuario templo, se eleva otro llamado el Sagrario, que se comunica interiormente con la catedral: es de tres naves, y á su lado tiene el despacho, la sacristía, y una capilla que sirve de depósito para los cándidos de la feligresía. Esta parroquia, que en otro punto podría lucir con unas ventajas su hermosa fachada, es un lugar que desfigura mucho las bellas proporciones de la catedral.

Si los destructores del buen nombre español no se empeñaron en cerrar los ojos á la luz de los hechos; cada distinto lenguaje usaban al hablar de nuestra España, si fijasen la vista en las grandiosas monumentos que en aquella bellísima región levantaron en pro de la civilización y del país conquistado, los dignos descendientes del Cid y de Pelayo.

Lo primero que llama la atención del viajero inteligente, en un país católico, son los templos elevados al Señor; porque ellos se presentan á su vista como el termómetro que revela de una manera inequívoca el estado de riqueza del suelo que visita; pues siendo proverbial esa no desmentida inclinación de los cristianos á caer parte de sus bienes para el mayor brillo del culto de aquel Supremo Hacedor á quien se consagran candeleros de todos los tesoros que poseen, la mayor ó menor magnificencia de sus iglesias, patencia, sin otro examen, el grado de abundancia en que viven.

Recurreré la historia de la preponderancia y de las vicisitudes de las naciones católicas, y se verá, que en tanto que han mareado á la cumbre de su apogeo, la riqueza de los templos dedicados al Autor Supremo, ha sido inmensurable, y debida á los cuantiosos donativos de ricos particulares. Á la vez que en su decadencia han ido imprimiendo en el interior de esos mismos templos, el carácter melancólico que graba la pobreza en todos los objetos. Los templos son, en las naciones católicas, lo que la luna en el cielo: brillan cuando va en creciente

la fortuna de las segundas, y pierden su esplendor cuando llega la época de su menguante.

No es, pues, de estrañar, que los españoles, católicos de corazón, benévolos por naturaleza, y francos y desinteresados por principios, edificaran en la época feliz en que eran dueños de la mitad del mundo y en que les sonreía la fortuna, brindándoles con los tesoros de la tierra, los sorprendentes y maravillosos templos que hoy son el orgullo de Méjico y el asombro de los viajeros que visitan aquella populosa ciudad. Si otras mil pruebas no existiesen del cariño con que á su patria miró siempre á su antigua colonia, bastaría solo la magnífica catedral que de describir acabo, para dar á conocer el grado de cultura de la nación española y la predilección con que miraba aquel hermoso país.

NICETO DE ZAMACOS.

CAPILLA DE SAN ISIDRO.

Pocos son á la verdad los recuerdos históricos que la villa de Madrid posee, y en muy corto número los monumentos que conserva referentes al desenvolvimiento de la casa de Borbon al trono de España. El mal gusto, que á todas las clases de la sociedad dominó durante el siglo XVII, y en la primera mitad del siguiente, no menos que el ciego exclusivismo de los profesores de nobles artes y de los inteligentes en ellas, que vivieron en la segunda mitad del siglo XVIII, ocasionaron daños incalculables; destruyeron obras notables, cuyo mérito no podían comprender los secures del Vigüeta, para quienes la arquitectura oficial á sea gótica, como entonces la denominaban, era bárbara, y la romano-bizantina de todo punto desconocida.

Algunas ruinas del período podríamos ocupar, dando estensos y bien depurados datos de los primeros monumentos sepulcrales reducidos á polvo por los arquitectos ignorantes de los siglos XVII y XVIII en tantas y tan destructoras remodelaciones, llevadas á efecto sin crítica ni conocimiento.

La iglesia de San Francisco estaba engrandecida con veinte y dos sepulcros, en los que orantes entinos y vacantes en otros había estatuas. La iglesia de Santo Domingo el Real, la de San Gerónimo, la capilla de Valvanera y otros templos contenían asimismo santos sepulcros, de los cuales queda únicamente memoria en algunas crónicas, si se exceptúa el de la priora doña Constanza de Castilla, hija del rey don Pedro, que aun subsiste como por milagro en el patio de la ya citada iglesia de Santo Domingo el Real después de las diversas remodelaciones de aquel templo, bien fustas para la historia de las artes.

Un templo, sin embargo, hay en Madrid que no solamente conserva intactos recuerdos en su corto recinto, sino que lejos de haber experimentado el considerable deterioro que otros en los dos últimos siglos, adquirió mayor importancia en el decimo século por una obra verdaderamente grandiosa, que la piedad de los reyes y la del pueblo de Madrid erigieron al modesto jarnero, cuyos heroicos virtudes le colocaron en el catálogo de los santos y en el número de los patronos y protectores del pueblo español.

Hablamos de la parroquia de San Andrés, humilde iglesia sin duda, pero cuyo engrandecimiento constituye los recuerdos históricos en la misma vincalada, y las dos santísimas capillas, que á uno y otro costado de aquella y correspondiendo á los puntos Norte y Mediodía de la misma, se levantan.

Es la más antigua de las dos capillas la titulada del Olvido, así llamada por haberla dotado y revestido el señor don Góttfried de Carvajal, obispo de Plasencia. Por su bellísima puerta, por su hermosa retalla mayor y por los magníficos sepulcros que encierra, es sin duda esta capilla uno de los mas santos monumentos que hay en Madrid.

En el área que ocupa se levantaba otra capilla antiquísima con la advocación del *Cuerpo de San Isidro*, pues había sido erigida para custodiar, como en efecto en ella fue por espacio de largo tiempo custodiado, el cuerpo del santo labrador, patrono de Madrid.

Aun existe una área en que estuvo el cenotafio, y es un objeto doblemente precioso bajo el aspecto histórico y el artístico, ya por su primitivo destino, ya por hallarse adornada de pinturas que representan pasajes de la vida del santo, ejecutadas á lo que parece en la segunda mitad del siglo XIII.

No disminuía en Madrid ciertamente con el transcurso de los tiempos el afecto y la veneración á San Isidro, y en el siglo XVII, es decir, quinientos años después de su dichosa muerte, fue en su honor y con todo empeño erigida la grandiosa capilla, cuya perspectiva damos en el presente número.

Consta de dos departamentos, de planta cuadrada el primero y ochavada el segundo. Consiste la decoración de este en columnas, y en pilastras de la de aquel; enriqueciendo las bóvedas en uno y otro estucos y folajes de buen dibujo y ejecución. Todo el pedestal que corre por los muros es de ricos mármoles, é igualmente las columnas y pilastras con bases y capiteles dorados.

Cuatro grandes cuadros ejecutados por Francisco de

Rizza y Juan Carreño adornan la primera estancia, y representan el milagro del pozo que rellenó la vida del santo labrador, la batalla de las Navas de Tolosa, San Isidro rompiendo la peña para apagar la sed del caballero Juan de Vargas, y Alfonso VIII reconociendo el cuerpo de San Isidro.

Trece cuadros con pasajes de la vida de la Virgen María, pintados por Francisco Carr y Alonso del Arco, aun subsisten debajo del cornisamento en los intercolumnios de la segunda estancia, de la que desaparecieron en tiempo de Carlos III las diez estatuas de santos labradores que había en la parte inferior de los indicados intercolumnios, sobre las cuales se veían diéptas pinturas. Labró estas bellas estatuas el célebre escultor Manuel Pereira, y hoy se hallan en la iglesia de San Isidro, sita en la calle de Toledo.

Completa el grandioso conjunto de esta régia capilla el altar colocado en el centro de la segunda estancia, y que por consiguiente presenta cuatro caras, con un arco de media punta en cada una decorado por columnas y pilastras de mármoles, con varias figuras y otros adornos de bronce en el entablamento.

Cubre majestuosamente este recinto una alta cúpula muy exornada y que en el exterior está adornada con diez y seis estatuas de piedra, representando los apóstoles y los evangelistas.

El zócalo, pilastras, cornisamento y una balaustrada que corre sobre estos miembros que forman la decoración exterior, son de granito, y en una de las puertas se ve una imagen de la Virgen María con el niño Jesús en los brazos, hecha por Manuel Pereira.

Empezada á construir esta gran capilla en el reinado de Felipe IV y terminada en el de Carlos II, manifiesta en los pedestales del interva y en otros miembros, que se dió principio á esta obra con superioridad la severidad clásica, y fue al fin cargada con adornos de buena ejecución, sin duda, pero que no podían ser comparados sin caer en desgracia de los partidarios del clasicismo puro. De todos modos es una fábrica magnífica, sólida y bien construida.

ALICANTE Y VALENCIA.

APUNTES DE VIAJE.—EPISODIOS NO POLITICOS.

1.

Me piden Vds. que relata á los suscritores del *Museo Universal* todo lo que he visto en mi reciente expedición á Alicante y Valencia, y siento en el alma tener que contestarles que me es absolutamente imposible. La circunstancia de no ser político este periódico, y serlo si, y en alto grado, en mi concepto, el viaje que acabo de hacer, como que en él me acompañaban, á yo acompañaba (*à piacere*), la reina, la familia real, varios ministros y otras personas de grande significación pública; esta circunstancia, digo, rebatida de ciertas consideraciones que reservo, me obligó en primer lugar á no publicar por ahora de las notas de mi carnet sino aquellas puramente literarias, que si bien aluden á los sucesos que he presenciado, nos dejan al *Museo Universal*, á mis lectores y á mí en exclusiva posesión de nuestro juicio sobre todas estas cosas. Por otro lado, y reduciéndome ya á los cuadros que he visto y desearía copiar, me encuentro en un apuro mayor, y es que son tantos y tan bellos que no cabrían en un artículo, ni en este periódico, ni yo sé á cuantos dar la preferencia, ni cómo omitir, ni cómo expresarme para que cuatro milidos renglones den idea de tanta maravilla. Porque es el caso que en poco mas de quince días, he enriquecido mi exausta imaginación con una infinidad de cuadros de todos géneros,—marineros, campesinos, populares, palaciegos, religiosos, monumentales,—y otros que son para callarlos. He visto razas nuevas de hombres y de plantas, castaños, ruinas, museos, bosques, jardines, rocas, ruinas, una magnífica y poderosa escuadra, procesiones, simulacros de guerra, fortalezas, mujeres hermosísimas, mil y mil manifestaciones de la belleza en el campo, en el cielo, en el arte, en la especie humana.—He viajado en coche, en ferro-caril, en barba, en bote, en vapor, en barco de vela, en diligencia, á caballo y á pie. He visto coronas, visto fuegos artificiales, pasado noches en el mar, asistido á grandes espectáculos, á bailes, á teatros, á los toros, á corridos, á paseos, á inauguraciones, á exposiciones, y qué sé yo.—He vivido, en una palabra, la vida de cien hombres del siglo pasado.—Pues de este caos de impresiones, de este turbidino de acontecimientos, de este cúmulo de recuerdos, ¿cómo olvidar nada ni cómo referirlo todo? Cada cosa requería un artículo especial; ¿me atrevo á sospechar el conjunto no es para mis fuerzas?—Quiero decir que busquéjare algunos cuadros, y á medida de ellos podrá imaginarse el lector todos los restantes. Y en cuanto á ciertos pormenores, como nombres y fechas, entradas y salidas, orden de colocación y demás profundidades, de que por la regular se llevan esta clase de artículos, no los publico en el presente... pero á bien que en España nadie lee un periódico literario que no se haya propinado antes triple ó sextuple dosis de periódicos políticos, y

los periódicos políticos contarán la régia expedición, las fiestas reales, la procesion del Corpus y los besamanos con todos sus pelos y señales, señales y pelos que yo sustituiré con líneas de puntos suspensivos, ejemplo tropiece con ellos en el laberinto de mis apuntes.—Hechas estas salvedades que pueden pasar por una sinfonia, entro en materia.

II.

El domingo á las ocho y media de la noche salí de Madrid en el tren del correo, habitado por unas doscientas personas, casi todas ellas conocidas mías y de la mejor sociedad de la villa y corte. En el coche en que me alojaron tuvo la fortuna de encontrar tres cosas: un amigo, dos niñas muy bonitas y cuatro señores de buena conversacion. Todo el que entienda de viajes comprenderá perfectamente que al poco tiempo las dos niñas se habian convertido en una sola, el amigo en rival, y los cuatro señores en tres amigos y un canchero. Tienen de bueno estas situaciones anómalas y subversivas el desaparecer como un sueño no bien termina el viaje.... Corramos, pues, un velo sobre el coche en que yo iba, á lo que es lo mismo, echemos un velo sobre lo pasado; puesto que miradas y ruidos, palpaciones, amistades y odios han desaparecido ya *sicut nubes, quasi aves, velut umbra*. Solo me resta el amigo.

En cuanto al conjunto de los viajeros, puedo asegurar que



CUADRO DE VRADAMAY.

todos pasaron la noche inclinando con iguales afectos lícitos y del momento, y aquí me ocurre creer que *la* *viaje* es una vida en abreviatura... De cualquier modo, y de concerns, y de hacer una hermosísima noche de luna, y de pararse mucho el tren en las estaciones, resultó que aquello no fue viaje sino una *soirée* movible, una tertulia ambulante, un salón de Madrid arrastrado por el vapor, el paseo del Prado en movimiento, ó si se quiere, prolongado en una extensión de ochenta y cuatro leguas.

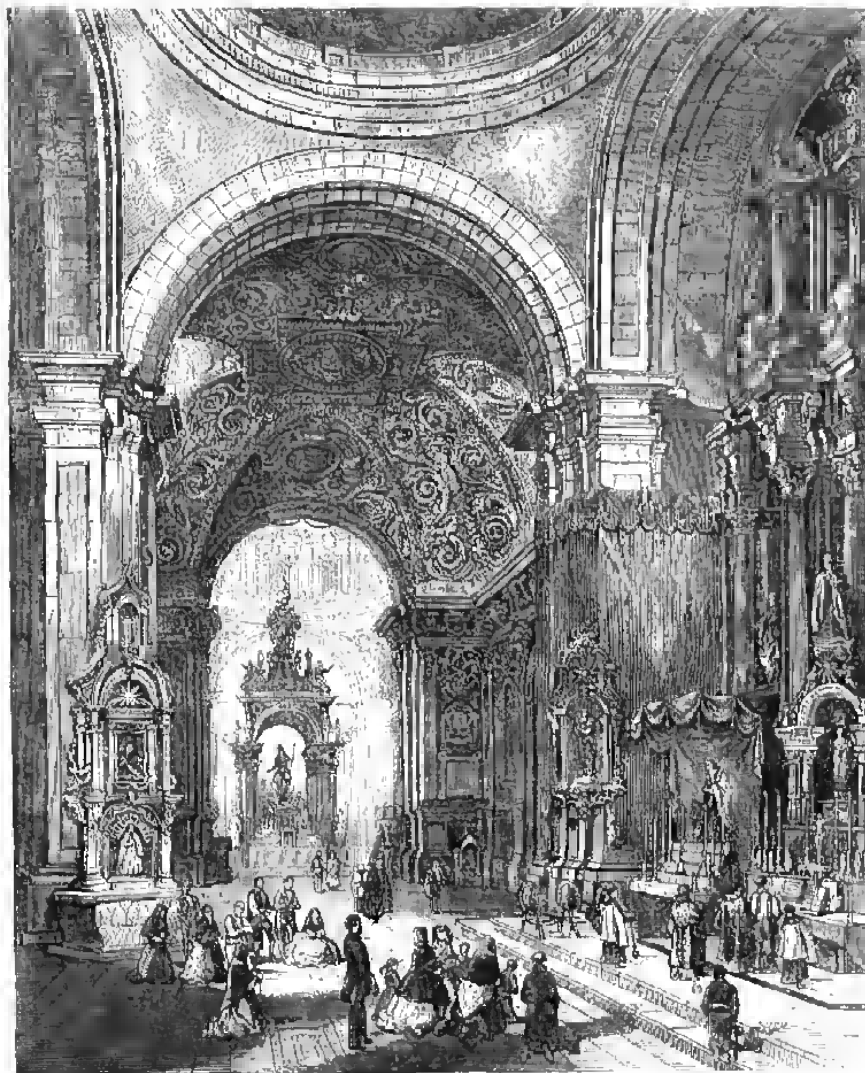
La primera impresion que recuerdo fue la que me produjeron el campo y jardines de Aranjuez, bajo cuyos árboles pasábamos á las diez de la noche. ¡Qué perspectivas! ¡Qué ruidos! ¡Qué perspectivas!—Hacia allí.... Esto lo dice todo.—Luego, el rumor del agua... ese placer desconocido en Madrid, (léngase presente que cuando escribo aun no ha llegado el Lozoya á la villa de San Isidro Labrador); ese melancólico eterno gemido de las fuentes, de los rios y de las cascadas; esa oracion no interrumpida; ese beso continuado regulada fuertemente mi corazón asfixiado en la neblina atmosférica de la corte. Las flores, los naranjos, los granados en flor, los trigos, las yerbas mismas del campo embalsamaban el aire, *híbo y reposabo como Endymion dormido*. Al pasar sobre el puente del Tajo, iba el tren muy despacio; ¡Qué bello estaba el venerable río alumbrado por



PLAZA Y CATEDRAL DE MÉXICO.

la luna, cuyo disco aparecería movible y quebrañado en cada una de sus rizadas ondas! A lo lejos distinguimos unas fachadas, sin duda de palacio, adornadas con faros de colores. Todos nos imaginamos á Venecia. — En los pantanos oímos el canto de las ranas, que no sé por qué misterio de nuestra organización refrigeró el alma de quien lo escuchó. Por último, al salir de Arañuez, al abandonar sus frondosos olivares y aromáticos pensiles, un ruiseñor, muy solo, entonó un cántico de despedida, que parecía predecirnos la aridez de la Mancha en que íbamos á entrar.

¡Ah! Salíamos de la agitación de Madrid para buscar mayores agitaciones en las costas del Mediterráneo. ¡Qué verdadero pesar nos despedimos de la paz de la naturaleza, de la mansedumbre de aquella noche estrellada, de aquel río y de aquellos bosques que tan regalado abrigo nos brindaban! — ¡Oh! ¡qué mayor fiesta ni mayor delicia que permanecer muchos días y muchas noches bajo las arboledas del Tajo con cualquiera de nuestras bellísimas compañeras de viaje, haciendo la vida recomendada por Rioja y fray Luis de León, comiendo fresa por la mañana, bañándose al medio día, durmiendo luego la siesta, bailando por la tarde bajo los castaños de Indias ó revoloteándose en los frondosos trigos, y navegando de noche por las claroscuros de aquel río, surtián de la Alcarria, príncipe de Arañuez á ilustrísimo señor de Ustio? ¿A qué apartarse mas? ¿A qué buscar el mundo de una luna? ¿A qué correr hacia los mares? ¡bien sabe Dios que mientras aquel ruiseñor cantaba, pensé mas



CAPILLA DE SAN ISIDRO EN LA PARROQUIA DEL SAN ANDRÉS DE MADRID.

de una vez en decir al mayoral que parara el tren y mandar á los diablos la inauguración, Alicante, y todas las diversiones del programa. — Pero reflexioné que nin-

chade lo que veía, y pregunté: ¿cómo podré preguntar á la misma piedra? — ¿Qué me dices? ¿Quién eres? ¿Desde cuándo estás aquí? — Entonces la arquitectura, esa

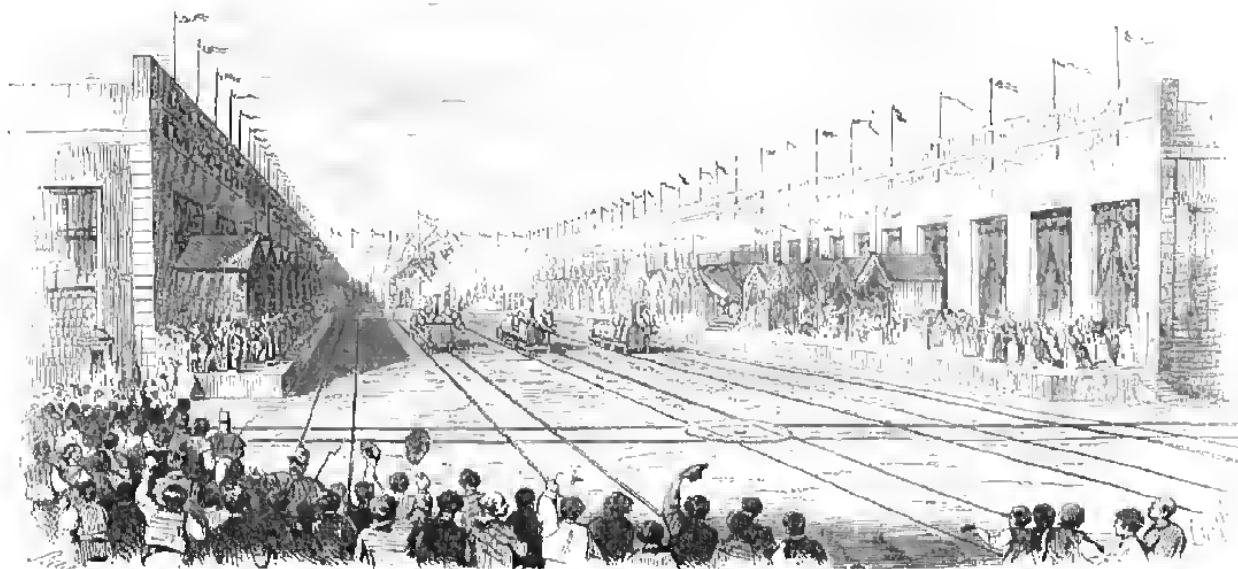
gama de mil rampantadas de viaje, á lo menos la que yo habría elegido entre todas ellas, hubiera accedido á acompañarme en tan juicioso proyecto, y dejéme llevar por la melancólica torre de Don Quijote, cuya sombra creía divisar detrás de cada molina de viento. — ¡Molinos de viento son también todas nuestras ilusiones de paz y de ventura, pobres poetas que somos, arrastrados por el afán de lo maravilloso, de lo nuevo, quizás de lo imposible! Y aquí hago punto, dando esquinazo á la filosofía, por considerarla mal cicerone. Prosigue pues...

III.

Pasé por Almansa, célebre por la batalla del mismo nombre, que puso en el trono de España á los Borbones. . .

Saludé á Villena, cuyo gótico castillo, casi arruinado, me recordó al sabio marqués don Enrique el Hechicero, y demás grandes hombres de su casa. . .

Pero yo no soy dado á las memorias históricas. Pláceme sentarme sobre las ruinas y leer el Eclesiástico. Hay entonces en mi corazón una vaga poesía que no cambiaría por todos los cánones de Simónides. Camadon Segovia, en Granada, en Sevilla, en Burgos, ó en otras viejas poblaciones he fijado mis ojos en los monumentos de otros siglos, casi me han estorbado mis escasísimos conocimientos de la pasada. Era mi gusto examinar la vejez de la piedra, adivinar por un resto de forma la mente del constructor, noatinará veces con la fo-



INAUGURACION DEL FERRO-CARRIL DE ALICANTE.

Niobe de las artes, que sobrevive a la ruina de cuanto fue su gloria y encanto, alza su voz severa y me respalda: yo soy el siglo XIII, yo soy el renacimiento, yo soy Grecia, yo soy Roma.—Cada roto capitel me hace adivinar una historia: el arco ó la ojiva, el friso ó la columnata, me reflejan una civilización, y veo la variedad de las cosas y las evoluciones de la historia y la estratificación del cartaginés sobre el fenicio, del godo sobre el romano, del católico sobre el musulmán. No me digáis, pues, los nombres de los reyes ni de los guerreros, pero accidentes de la historia las mas veces: habladme de razas y civilizaciones, de instintos y cronologías, y comprenderé la historia con el auxilio del arte. Quizás entonces veremos surgir nacionalidades nuevas, en mala conformidad con la clasificación política de los Estados, y hablaremos al celtico en las provincias Vascongadas, y al africano reinando en Alicante y Valencia. Pero yo desprecioré mas tarde estas ideas.—Consta, y esto me basta, que yo protesto contra la historia, según que vulgarmente se escribe y se comprende; pues halló mucha distancia entre una cronología ó árbol genealógico, y el estudio de lo pasado á que puedan encaminarnos la filosofía, la literatura y el arte.

IV.

Alicante 25 de mayo de 1838.

Vengo de la inauguración del ferro-carril del Madrid alicante.

Era una hermosísima tarde. En la estación de Alicante habíase levantado un altar y un trono. El oro y el terciopelo lucían por todas partes: mas de mil banderas y escudos de armas adornaban el recinto: las flores y las músicas poblaban el aire de perfumes y armonías. Las espaciosas tribunas, lujosamente dispuestas, encerraban una brillante concurrencia, compuesta de elegantes y bellísimas damas; de todos los hombres notables de la provincia, de los convidados de la corte; obispos, generales, ministros, periodistas, diputados. La oficialidad del ejército y de la marina lucía vistosos uniformes. A lo lejos sonaban las campanas y los gritos de júbilo de una inmensa muchedumbre: tronaba el cañon en mar y tierra, y el sol caía al Occidente con su eterna magestad. Los sacerdotes se hallaban ya á los pies del Crucificado: la familia real bajo el dosel... El pueblo, aumentado en torno por una parte, y por la otra el mar poblado de buques, encerraban la escena en un círculo de vida y movimiento. El improvisado templo, abierto por el Norte, penetraba la vista y á la imaginación campear por horizontes infinitos... Allí adivinaban en toda su extensión las áridas Castillas, encerradas en un cinturón de montañas, y mas lejos, por todos lados, la ancha y espléndida orla de flores que rodea el manto de la imperial España.—Murcia, Aragón, Estremadura, Galicia, Vizcaya, Navarra, Aragón, Cataluña, Valencia, comarcas bendecidas por el Criador. Allí estaban todos aquellos pueblos hermanos en la gloria, estrañados en el dolor ó la fortuna: allí estaba Madrid, que como las remolinos de mar, ha tragado por largos siglos la vida y la riqueza de los pueblos sin devolverles nada: allí estaban las huestes olvidadas por la industria y por el comercio, los muertos gémidos de riqueza, el trigo amontonado, la mina sin explotación, la inteligencia estúpida bajo la cúpula del templo nativo, las obras del arte ahogadas en el olvido sin alcanzar una mirada del viajero... Y del otro lado estaba el mar, abriendo sus ondas á nuestra renaciente marina; el mar, ámplio camino para todos partes; el mar, la patria marcomana, palenque dispuesto al capital y á la inteligencia, brindando al mas osado con las conquistas del comercio, presagio de todas las civilizaciones: allí la nueva Tiro; aquí la moderna Cartago; por donde quiera muelles que nos aguaraban, el Oriente y la América, el Africa y los antípodas, llenos todos de patrones de nuestros antiguos navegantes...—¿Qué cuadro para la imaginación! ¿Qué espacios para el deseo! ¿Qué ocasiones para la gloria, para la prosperidad de nuestra alabada patria!—Y qué momento aquel de esperanza y de consuelo! ¿Qué hora aquella en nuestra triste historia contemporánea!—El genio español, encerrado bajo la montaña del Escorial, rompía la cárcel de su misantropía ascética, y convertido en mariposa, volaba de nuevo hacia los mares. La nación viuda arrojaba otra vez su anillo en las olas, despreciando con la fortuna, diosa tutelar de la navegación...—¿Cómo se dilataba el alma al contemplar en el aire las luces eléctricas que, como nervios de acero, conductores del pensamiento y de la voluntad, recorren ya todas las estremidades de la península, mientras que el viento conducía en una sola onda las columnas de humo que exhalaban nuestros barcos de vapor en el puerto, nuestros locomotivos en las serradas vías!

Todo esto veía yo en aquella concurrencia. Todo esto habíame visto, amigos míos, en el momento de la bendición de las locomotoras. Temblarais de entusiasmo cuando yo contemplaba aquellas tres poderosas máquinas, adornadas de cintas, flores y banderolas, que se adelantaban lenta y uniformemente, cada cual por su vía, hacia el ara santa. Parecían tres nobles buques, adornados para un sacrificio del antiguo mundo pagano. ¡Tan majestuosos y mansamente avanzaban por el templo, ellas

que abren también en la tierra surcos de fecundidad, que son también la fuerza y el trabajo, y que allí abogan por su poderoso mugido y refrendaban su irresistible carrera a la voz del sacerdote renajido!

V.

Ya sabéis que uno de los festejos identos por los alicantinos consistió en que cien labradoras, escogidas entre las mas bellas de la provincia, presentaran á la reina todos los frutos del país. Yo tuve la fortuna de pasar revista á aquel escudron de serafines antes de la concurrencia, y en verdad os digo que de cuantas esposiciones he presenciado ninguna ha cautivado tanto mi corazón ni despertado mi entusiasmo como aquella galería de ideales hermosuras que vestidas con el pintoresco traje de su respectivo pueblo y llevando en un brazo un canastillo de frutos y de flores y en el otro una palma, símbolo de virginidad, lucían alarde de la riqueza del privilegiado suelo que las vio nacer.

Eráuse, como digo, cien doncellas, las mismas del feudo de Alderaman, con la diferencia deque estas mas parecían moras que cristianas, y ademas diez zagales, mozos todos de quince á veinte *teñidamente adornados*, permitaseme el adverbio, bellas las unas y arrogantes los otros como las flores y las plantas sin cultivo que engalanen los campos olvidados. Llevaban ellas canastillos de manzanas de Alcoy entretejidos con hilos de plata y oro, llenos de dátiles de Elche, de almíscar de Concentina, de almendras de Gijón, de garbanos con cáscaras de lison de la villa de Molins, de leges de Calatayud, de palmitos de Alcoy, de alcachofas y albaricoques, apinadas cerezas y peras de las lomas, con mas todos los frutos de una copiosísima praxia, rojos tomates y calabazas de fúesta reconcomida, vino de Biar, de Fumillon y de Monivár, limones de Benidorm como queso dulce; y otro agrón como las cosas del mundo, epigramáticos pimientos, frescas, molinos, sandías y todo lo criado. Llevaban ellos las producciones de la industria provincial, seda de este año en rama, el famoso papel de Alcoy, tejidos de algodón, paños esquisitos, esteras especialísimas de esparto, y los remolinos de turques y esmaltes de aquella tierra. Había ademas una vistosa variedad de flores: azucenas y claveles, lilas y malvas rosas, rosas y lirios, jazmines y malvas azules, azules y pasionarias... Era una exposición de todo lo bello que produce la naturaleza en la primavera eterna de aquel país; era un lujo sumo que Ceres y Flora entretejieron para ponerlo en manos de las hijas del amor.

[Y aquí vuelvo á las labradoras, y no sé cómo me he apartado de ellas!—Aquí me cumple consignar que después de leer el Permiso de Millon y ver los cuadros de Murillo, yo me había imaginado ángeles rubios, pero nunca ángeles morenos.—Ángeles morenos son las hijas de esta comarca, apartada de la Moreria por una irrupción del Oréano y por las conquistas de nuestros jefes.—La belleza alicantina!—Imaginos las Zoraidas y Zulamas de las *Alá y una noche*, las hercinas de Byron, las odalisas de Abul-Mogel, las huries del paraíso de Mahoma, con sus grandes ojos de un negro aterciopelado, sus largas pestiñas, su interesante palidez, correa nariz, enojados y brillantes dientes, largas cadelleras de ébano, fáciles curvaturas que pueden abarcar con las manos, y lujoso compartimento de hombros, seno y garganta. Pues imaginos ahora cien combinaciones de esta hermosura, cien manifestaciones diversas de este mismo tipo, cien variaciones sobre este tema... Pensad por un momento lo que sería aquella diputación de serafines donde estaban las morenas de ojos azules de Táloria, las descoloridas bellotas de Orihuela, las mas brillantes y fogosas de Gijón, Belleu y Alcoy, las de formas robustas que bajaban de las montañas, y las melancólicas y espartitadas que llegaban de la llanura; la rubia hija de las arenas del mar, pero rubia como el fuego, rubia como el oro, rubia como las espigas, la rubia en fin, hostada por el sol, y las de Murcia y Benidorm, término medio entre la pescadora y la labradora... Figuráoslas con sus lujosas sayas y graciosas delantales, preñadas con peinados de metal y primos agujas de púrpura de colores, estas con mantefinas, aquellas con una especie de turbante, todas con primorosos jubones entreabiertos á la oriental... todas con zarzillos, turbantes y rollos que relucen al par de los dientes, de los labios y de las uñas, y de las sencillos agujas y primas, deslumbrando al que las mira, estraviando la imaginación, dando al triste con la paciencia...—Lo repito, nada he visto tan bello ni tan hermosa como aquel contraste de todos los géneros de hermosura árabe que subsisten entre nosotros: es torpe la pluma y pobre el idioma para expresar lo que el pintor ni retrataría así como quiere: tanta gracia, tanta perfección, tanta pureza, tanta variedad y tanta seducción en todas ellas.—Juro á Dios que mas de una vez me propuse decidir cuál me agradaba mas de las cien susodhas, y quedéme por último vacilando entre ácho que ni Rael las imagina mas remotamente guapas.—He dicho.

VI.

Pero á este paso no voy á concluir nunca mi apunte.—Necesito relatar, no puedo describir.—Me dejo en

el tintero el cuadro de los fuegos artificiales que se quemaron en el mar la noche del 27.—Aquellos rollos de las luces de colores en las aguas, aquellas arco-iris, aquellas huestes del Mediterráneo alumbradas de fuegos de bengala, y la esnada á la lepra, y los otros fuegos en la orilla, y la iluminación de la ciudad, y las campanas, y las músicas, y la gritería de cien mil almas, que así victoreaban á los cohetes, como si los cohetes invieran corazón. Tampoco puedo hablar de un desafío á regala que presencié entre dos holos pertenecientes el uno á un buque de guerra español, el otro á la fragata francesa, sobre cual corria mas.—Vieáis los veinte y cuatro remos que enen en el agua, á comidos, hacen de buir al buel como una flecha; ojeáis los *hurros* de la multitud aggrupada en el muelle y de los barcos surtos en el puerto; gozáis como ya, en fin, al usar tricorniadores á los maricheros de España, que dejaron atrás á los franceses en media de los síbidos de los espedalotes.—También he de omitir cómo se celebraron en el mar los días de la reina Victoria, cómo nuestra hermosísima fragata *Petronila*, capitana del puerto, daba diariamente la órden de izara y arriar pabellones por mañana y tarde, obediéndola cuantos buques de otras naciones habia en el puerto, lo que me hacia palpar de orgullo, y como si aquello fuese mas que una etiqueta de ordenanza!—Ah!... Fue un tiempo en que este simulacro era una realidad; en que el pabellón español ondeaba triunfante... el *cétera*, como dice Espronceda en su famoso anáfora.—¿A qué daros el mal rato de pensar en lo que no tiene remedio?—Dice Nante.

...Nessun maggior dolore
che ricordarsi dall tempo felice
nella miseria...

Espereamos, sin embargo.—Nuestra marina renace como dejamos dicho. Tenemos magníficos arsenales, y marineros envilecidos por do quiera, y una oficialidad molesto de indolencia, hizarra y honra. En Galicia y en Cataluña se han hecho ya ensayos de máquinas de vapor... sin auxilio de los ingleses. Nos dicen que en nuestros colegios navales hay ya muchos alumnos que saben en qué consiste que un buque ande sin necesidad de velas ni de remos. Aun son ingleses todos los magníficos de nuestros vapores, lo que en un caso de guerra con la Gran Bretaña dejaría nuestras mejores embarcaciones al *patro*... pero está y otras cosas se fundirán no bien haya una legua en el campo político: entonces, en vez de gastar 1,000.000.000 de reales para adquirir á un partido, se construirán doscientos ó trescientos buques de alto bordo, que no se pudran antes de ser batizados.—Ah! Dios prodiga á España todos los recursos necesarios para ver en sus puertos nuevas armadas como la *Lanceable*, como la de *Finisterre*, como la de *Trafalgar*. Tenemos cañones y maderas, carbon de piedra, hierro y cobre en abundancia... El Oréano y el Mediterráneo acaban de mostrarnos por las liberas inmensas. Contamos con puertos de primer orden y con recuerdos insubstanciales. De nuestra península salieron Colon y Vasco de Gama... Gibraltar, Africa y Méjico nos esperan hace muchos años... ¡Mieloso día aquel, que no está lejano, en que... pero vuelvo á tales cosas vadas.

Hecha que los estrechos límites de este relato me obligan á pasar por alto muchas cosas. Necesito abandonar á Alicante y trasladarme á Valencia, recordando al que leyere. Pero antes sémme licito consignar dos palabras á el *Cárcel*, antiguamente llamado *Porquet*, originalísima cuanto poética hueria de la propiedad del señor marqués de Molins.—A la orilla del mar, á media hora de Alicante, y bañada por una oscura mancha de árboles, especie de oasis que interrumpe la monotonía de aquellas arenas melancólicas? Es un bosque de palmeras! Pero un verdadero bosque, donde muchos miles de estas hijas del desierto entrelazan sus brazos formando un bello espesísimo. Al penetrar bajo las sombrías calles del *Cárcel*, crece uno en el interior de un templo.—Cada dos palmeras al cruzar sus ramas forman una perfecta ojiva del mas puro estilo gótico, mientras que prolongándose infinitamente estas arceadas semejan á una catedral inmensa, salida de la tierra como por encanto.—Por lo bajo de las galerías, crece una vez hallarme en la mezquita de Córdoba... Por la ligereza de las columnas y la esbeltez de las ojivas, recordaba la catedral de Segovia ó la lonja de Valencia. Absorto, maravillado, estubo ante aquel prodigio de la naturaleza que parecía un prodigio del arte; allí, en frente del mar, y raras espléndidas lontananzas se alzaban como fénix de aquellas galerías de verdura, y cuyas alas suaban á comas con aquellas huestes invisibles; descansando un momento de la agitación y de la algaraza de Alicante, recordé muchas veces aquella sátira de Horacio.

Huc erat in rotis; motus tunc non ita magnus etc.

VII.

A bordo de la fragata *Perla*.

Son las doce de la noche.—Estamos en frente de Murcia.—Esta tarde á las cuatro, cuando se embarcó la reina y le presentarse se hizo á la mar, he contemplado un cuadro cuya grandeza nunca hubiera podido ima-

gimarme. Dos buques de alto bordo estaban dispuestos á partir. Todas las tripulaciones se hallaban sobre las vergas. Una inmensa muchedumbre cubría toda la costa de Alicante. El mar estaba poblado de mil botes, lanchas y feluchos, ricamente equipados, en que se oían gritos, músicas y cobotes. Llegó el momento del embarque, y el castillo de Santa Bárbara disparó el primer cañonazo, al que respondieron los demás fuertes de la ciudad y luego todos los buques. La *Perla*, sobre cuyo alcázar de popa estaba yo contemplando aquel inmenso panorama,—el Mediterráneo, la ciudad, el puerto, las montañas y el cielo azul donde campeaba el sol en toda la plenitud de su grandeza;—la *Perla*, digo, se encontraba en el centro de aquella armada que por docientos cincuenta y una bocas de bronce había de hacer hasta sesientos noventa y tres disparos. Parecía el fin del mundo. Del debajo de mis pies, del buque que montábamos los periódicos, salieron sesenta y tres cañonazos, á los tres salvos de á veinte y uno. Era una cosa magnífica, que entumecía los nervios y encandilaba la sangre. El humo denso que nos envolvía se rasgaba á veces dejándonos ver los blancos infantes de los buques á las mil buhardillas que los adornaban desde la culatera hasta los techos. A todo esto, de una embarcación á otra volaba el eco de los quince vivas de ordenanza... Las campanas sonaban á lo lejos cuando no las ahogaba la voz del cañón, mirábanse los acorres de la marola real, que lucaban las empujadas de la *Patimila* y del *Francisco de Asís*, parecían celebrar un triunfo después de aquella descomunal batalla á que nuestro espíritu poético creía haber asistido. —¡Oh! ¡nosotros, pobres sacerdotes de la paz, humildes hijos de la tierra, no nos habíamos visto en otra! ¡Ah! es malal por la mar y á cañonazos! —¡Vive Dios...! —En fin; Vives, dirán lo que queráis... yo soy partidario de la paz de los pueblos, de la abolición de los ejércitos, de las luchas de la palabra, de los triángulos de la razón... Pues bien, yo les juro que al oír la pólvora, al sentir erogar bajo mis pies las tablas de la nave, al verme rodeado de humo, asustado por el cañón, irritado por aquella gritaría... ¡dichos! hubiera presenciado gustoso cualquier cosa parecida á un combate naval, aunque se hubiera estropeado los vistosos ábornes de los buques que nos rodeaban...

Hechosamente, los cañonazos arañaban la pólvora sola, el viento se llevó el humo, perdimos de vista la tierra, el silencio reinó á bordo, y pronto nos vimos solos en medio del mar.

En este momento, que como digo, son las doce de la noche, el espectáculo que me rodea es embalsador. Estamos en el plenilunio... El astro de la noche brilla en el zénit de los cielos apareciendo su misteriosa claridad sobre la naturaleza. La mar tersa, inmóvil, silenciosa, dormida, está cruzada en lo alto en su extensión por una cinta de plata producida por el reflejo de la luna. Parece la estela que ha dejado en las olas una nave fugitiva. Parece la cola del reguero de la inmensa luna. Parece el camino de alguna región sobrenatural, así como la *vía láctea* del firmamento parecía á los marineros el camino de Santiago.

Nunca he visto al Mediterráneo tan tranquilo; nunca una luna tan brillante; nunca una noche tan estrellada.

¿Qué pensaba yo, cuando apoya lo en una balsa de la *Perla*, miraba á los leños del navío *Francisco de Asís*, arastrado como una enorme carroza de triunfo por el vapor *Isabel la Católica*?

Estábamos allí, solos, fuera de España, conladas á la clemencia del mar. Rempequecíamos á todos la grandeza de aquel gigante sobre cuya espalda caminábamos. El trono de San Fernando, la dinastía de Borbon, nuestra historia y nuestra política andaban lejos de sus pueblos, lejos de sus guardias y de sus palacios, conlados á un piloto, á una máquina de vapor, á una utar sin festivos, á la vigilancia de una escuadra superable, en medio de la noche... No sé que sentimiento extraño de orgullo ó de piedad, de patriotismo á la respecta inundaba mi intranquila corazón. Nunca perdí de vista el mar. En forma suya, caminaban también la *Pelronita*, la fragata *Suero*, los vapores *Lepanto*, *Santa Isabel* y *Pizarro*, heante á la de heraldo el vapor *Luís*, la fragata francesa *Impetuous* y la corbeta inglesa *Carden* nos escoltaban, á por mayor decir, no nos perdían de vista. Cobotes y luces de bengala nos avisaban continuamente donde se encontraba cada buque. Era el *abito marino*. —¡Alerta estamos! respondían las luces de nuestra fragata. —Así pasó aquella noche, en que la luna durmió fuera de su reino, en que todos abdicamos algo de nuestro habitual modo de ser, en que un cambio de posición alteró las perspectivas, en que por ser otro el teatro parecían otros los actores. —Y así amaneció y llegamos á las costas de Valencia. —Todo había sido un sueño... una pesadilla. —Estábamos nuevamente en España. Nuevos pueblos saludaban á la reina. Toda la orilla del mar se hallaba cubierta de festigos... Pronto saltamos á tierra. —¡Adios, entonces libertad de la imaginación, independencia del espíritu! —Ya no seríamos arastrados; ya era preciso andar por nuestro propio pie. —Estábamos en el mundo de los hechos...

VII.

En Valencia, la misma que en Alicante, al cambiar los

Mojigares dos ó tres veces. En Valencia, como en Alicante ó en otras muchas cosas. Pero mi artículo ha de tratar solamente de lo que sentí en ambas poblaciones, de mis impresiones de viaje, de las que, un de las de la gente que me rodeaba. —¡Cumpliré, decir, sin embargo, que estoy muy contento de la ciudad del Cid. No podrán decir lo mismo todos mis compañeros de viaje. —Quedémosnos la pluma y empujémosla moviendo el plumerillo; exhibamos las láminas de nuestra memoria y veamos qué cuadros se han fotografiado en ella.

El momento del embarque es el primero que aparece ante mis ojos. Volved por pasiva nuestra salida de Alicante. Las mismas salvas, la misma muchedumbre, el mismo sol, las mismas armadas en el espacio. Pero añadid la sorprendente perspectiva de aquella inmensa, de aquella ciudad de mil torres y mil jardines, del *Castell*, tan lila á un lado como un har de tiendas árabs plantadas una mañana en el desierto para ser levantadas á la noche; de las alquerías, del puerto poblado de muelles, del muelle embuelto de lantanas, del aire cargado de perfumes, de las calles y las plazas, y los edificios y hasta los caminos tapizados de flores. —Las flores han sido las protagonistas de las fiestas de Valencia. A todas horas, en todas partes, siempre frescas y olorosas, continuamente remoladas, esparcidas por el suelo, cubriendo las paredes, he visto millones de millones de clavos, azucenas, rosas, lilas, siempre-vivas, anapajas, heliotropos, jacintos y otras cuyo nombre ignoro, formando ya ramilletes, ya guiraldas, ya columnas, ya pirámides. En el museo, en las iglesias, en los palacios, en las murallas, en los barcos, en las mojigangas del puerto, en todos partes, y no exagero, lucaban flores y mas flores, como si fueran para adornar un escaparate por las evocaciones con su varita mágica, como si la naturaleza quisiese agotar en un día todos sus tesoros. Nació en el reino de Granada, criada en aquellos jardines, acostumbrando á la Alhambra y al Generalife, no era yo ciertamente el mis á propósito para asombrarme ante las flores. —La admiración de que me encuentro poseído dirá, pues, claramente, cuánta es la exuberancia, cuánta la magnificencia, cuánta el prodigioso lujo de la flora valenciana.

Y de las flores pasó á las mujeres; de los jardines al baño dado en la capitania general por la oficialidad del ejército.

Erase un patio de un convento gótico, con arcos caballos, y un segundo piso formado por una columna griega. La tosa piedra cubierta de flores, de jallones y de banderas, de trofeos y de blasones debía pasar por sus grandes labores á un lucero de visivista luz que podía competir con la del día. Jallones de finies, de cables y de marfiles sostenían inmensas arañas de cristal. Maestras, marañes y limoneros cargados de frutos, pateras de cerros, rodeaban el salón lujosamente alfombrado de blanco. El todo que lo cubría, plateado de una manera caprichosa, hacia mas alta y diáfana la perspectiva. —En torno del patio daba vuelta una graciosa galería, y en medio del mismo se levantaba una bellísima fuente de mármol, superior á todo elogio, donde lucían adornada una estraña combinación de flores, saltadores de agua y luces de gas; pero tan ingeniosa y hábil, que no podía compararse como el agua no apagaba las luces ni cómo las luces no incendaban las flores. La orquesta, colocada en el chistero alto, esperaba una lluvia de armonías sobre aquel alcázar tan ligero, tan gracioso, tan flotante, que parecía un templo hecho por las hadas, un palacio de las que imaginó la poesía en el fondo del mar ó la hechicería en el centro de la tierra. Mas suntuosas, mas ricas de mármoles y oro, existen en muchas capitales, pero ninguna tan poética, tan original, tan fantástica, tan bello y delicioso. Pues lo mismo digo de las mujeres. —Mas lujosamente vestidas, con mas diamantes y perlas, mas remoladas y tituladas, mas pasciosas y como *il faut*, yo las he visto... cualquier baile de Madrid mas las presenta... Pedro Fernandez las conoce á todas... Pero tanta hermosura, tanta gracia, tanta juventud, una matrona (¿qué digo, matrona?) una muchachita semejante de mercedillosos personajes, de lindas caras y lindos cuerpos, de bellas sonrisas y tendidas por irreducibles, de no del o para cuadros, de triplaciones para cien *harmones*, de lenciones para todos los santos del Martirologio, eso... ni en Cirenea, ni en Georgia, ni en mi Andalucía, y por consiguiente mucho menos en un baile dado con superior á la *ruía de Forasteros*, que es como se dan los bailes en Madrid, se vió, ni se sospechó, ni se advinió siquiera, ni se pudo adivinar, y añadida la falta que me hacía á mí saber que existía sobre la tierra.

¡Oh! ¡los valencianos!... Me gustan mas las alicantinas; porque Alicante es de secano. Pero los valencianos son tan bonas como las alicantinas! —Solo que, como por Valencia corre el Turia, como viran entre flores y arroyos, como estas hijas del desierto pasan la vida en un continuo baño, que un baño de estuvas es aquel aire, como en aquel clima todo es expansión, producción, fertilidad, prodigalidad de cada ser para con la madre naturaleza, resulta que la valenciana, febril y obcecada belleza de Alicante, se manifiesta en Valencia lánguida y descolorida, fatigada y voluptuosa como el recuerdo. —La alicantina chispa como la fiebre; la valenciana está envuelta por el sopor que sigue á la calentura. Cuando mas jóven prefería yo este último

género de bellas: hoy voy gustando ya de aquel otro. —De todas maneras, las valencianas, amantes de nacimiento, caquetan por el clima, no por educación ni educación como generalmente sucede, elegantes como la palma de sus buertos, distinguidas como los señores pre el reposo, seductoras como la pereza de los sentidos, son y serán siempre lo que de ellas dice la fama; las mujeres mas hermosas del mundo. Sin embargo, quien como yo, no busque en la mujer la correcta regularidad de las facciones, preferirá siempre á todo la habilidad y por haber en materia de atractivos, aquel íman, aquel rayo irresistible, aquel anzuelo inevitable que vibra en la mirada de las andaluzas. No sé qué tienen aquellos ojos; preguntádselo á muchos ingleses van á Andalucía.

Para volver al baño... Y bien; ¿qué tengo que añadir? Que todas iban vestidas y preñadas con sencillez y exquisita gracia; que ahumaban en los trajes las mas aéreas telas blancas, y en las adornas las mas primorosas flores; que el ambigó haré época en la historia californiana, y que todo aquello pasó como un sueño, pero como un sueño celestial.

IX.

¡Basta! ¡Basta! Me dicen de la imprenta. Yo quería hablar de los fuegos artificiales, verdadero prodigio pirotécnico, en que vi un templo de verdades de colores en el aire, y otras mil maravillas que me encantaron; yo quería hablar del Museo de pinturas, donde vi el *San Sebastián* de Rivera, cuadro digno del autor de *Jacob* y con esto lo digo todo, así como *San Salvador*, un *Ece-homo* y una sorprendente *Partimila* de Juan de Juanes, y un *San Francisco* abraza lo á la Cruz, de Rivolta, y varias tablas antiquísimas de mucho mérito. También quería hablar de las coras, y de la *cabalgata*, y de la *procesión del Corpus*, y del tribunal de las Aguas, y de los *caños* y de los *gigantes*, y de los buertos, y de la *ingenua parli* que nos dió Eduardo Asquerini en el Cabal, con fuegos artificiales, faros de colores, música, baile, areos de flores, paseo por el mar, *champagne*, carruajes, parcos por el camino, y todo lo nacido... en fin, yo quería hablar de muchísimas cosas, de la Lanza, de la especiería de la industria, del salón de las antiguas Cortes, de la catedral, de los frescos de San Juan, de la casa vieja del Ayuntamiento, cuyos arcosanos son de primer orden, del Moreado, de los obsequios que nos han dispensado en todas partes á los periodistas, de la escuela que he visitado varias veces, de la casa de losos... pero ya veis que es imposible atender á todo. Mas como mi deseo y la promesa de no olvidar nada de lo que he visto, y de hacer referencia de ello en la primera ocasión que se me presente.

P. A. DE ALARCON.

A MI HIJA EDELMIRA.

BUERTA EN LAD MAY BUENA.

Como su madre, bella
era Edelmira;
cuando me acuerdo de ella
todo suspira,
todo parece
que de su fin infanta
se culpadece.
Aun no era alborá rosa,
era un capullo,
y formaba la hermosa
todo mi orgullo;
pero Dios quiso
que mi flor adormase
su parniso.
¿Por qué temiendo el ciclo
milos de flores,
rugo la que es consuelo
de mis dolores?
¿No ves, Dios mío,
que es mi vida sin ella
jáurano frío?

A RIMOR.

REVISTA DE LA QUINCENA.

Los calores han puesto de moda los viajes y las expediciones. Después de la ascurión hecha por la corte á Valencia y Alicante, cuyos portoneros llaman en el presente número, el sábado tieó el turno de ser visitado á la antigua Toledo, donde según anticipadas noticias se preparaba una función greco-romano-artístico-religiosa. Un conienzado escritor y un hábil artista han sido especialmente encargados por el *Museo Universal* para presentar y describir por medio de la pluma y del dibujo esa interesante función conque se ha inaugurado un hecho mas interesante: la apertura del ferro-carril de Madrid á